



LA RISA DEL MUNDO

Había una vez una piedra que vivía en el fondo del mar. Allí estuvo siempre, desde que el mundo era mundo, medio enterrada pero siempre con su punta apuntando a la superficie. Sin embargo... esa roca no era como las demás. A lo largo de su milenaria existencia, un gran anhelo la había distinguido: ella quería crecer hasta el cielo.

La mayoría de sus compañeros de lecho sabían del particular anhelo que albergaba, pero opinaban que su deseo era inalcanzable. A veces, pasaba el pulpo y decía:

—Lo veo muy difícil...

Otras veces, aparecía una barracuda y decía:

—Umm... es imposible...

A la noche, casi siempre, venían raudas las medusas y le decían:

—No creemos que funcione...

Sin embargo, la punta de piedra no se resignaba. Con mineral osadía, perseveraba en su esperanza de salir a ese otro universo llamado "el aire".

Pero, un día, las cosas cambiaron. Se hallaba la punta de piedra, meditando como siempre, cuando... de pronto... un pequeñísimo cangrejo azul se acomodó en un su regazo pedregoso buscando morada. Es que el caparazón del "tenazas", hasta entonces, le había servido de hogar ambulante pero ya le quedaba muy chico; no lo dejaba crecer. Así que, con un poquito de tristeza, abandonó su antigua casa para buscarse una mejor. Entonces, mientras inspeccionaba, se quedó desnudo en medio del mar y expuesto a todos los peligros...

Y el cangrejo azul no era como los otros de su especie. Le gustaban las fiestas y el baile. Al verse desnudo, se sintió tan libre y liviano que, en un lugar de buscar refugio, se puso a bailar:

—¡Mueva pa' aquí,

mueva pa' allá,

muévase todo

y nunca parar!

En eso estaba el cangrejo azul cuando apareció una anguila que, al verlo indefenso, puso a funcionar su instinto de caza para tratar de tragárselo entero. En ese momento, un incontenible torrente de agua empezó a arrastrar al pequeño cangrejito hacia la boca abierta del pez. Era como si fuera un pequeño remolino que tiraba.

—¡Ayudaaaa! ¡Auxiliooooo! —decía el cangrejo, mientras hacía todo lo posible por evitar ser bocado—.

Al ver lo que sucedía, la punta de piedra se apiadó del pequeño y le brindó una de sus puntas secretas para que se agarrara bien con sus tenazas. Y así se aguantó el chiquitín hasta que la voraz anguila, cansada de chupar agua inútilmente, fuera a buscarse el bocado a otro lado.

Pasado el susto, el pequeño cangrejo buscó rápidamente una morada de caracol y con su nueva casa auestas, volvió a la punta de piedra que lo había salvado:

—¿Qué puedo hacer por tu felicidad? —Le preguntó agradecido—.

Ella no le contestó, claro, porque las rocas no hablan. Pero el cangrejito sabía cuál era el secreto anhelo de su piedra amiga y, emocionado, le dijo:

—Por salvarme de la anguila comilona, te voy a ayudar a realizar tu deseo.

Luego, filosófico, el cangrejito agregó:

—Nada es imposible en esta vida.



Era la primera vez en los muchos siglos de su existencia que alguien le decía a la punta de piedra que su sueño era posible. De inmediato, fiel a su promesa, el cangrejito puso tenazas a la obra. Caminando de costado, a la manera de los cangrejos, se puso a bailar rascando con sus patitas el fondo del mar... que es la barriga del mundo. Se imaginaba que si conseguía provocarle cosquillas, a lo mejor se le zafaba una risotada y las cosas podían cambiar. Y así se la pasó de ahí en adelante el cangrejito, rasca que te rasca y baila que te baila al ritmo aquel de:

—Mueva pa' aquí

mueva pa' allá

de aquí pa' acá

mueva, mueva

y nunca parar

Con el correr de los años, el cangrejo se convirtió en adulto. En el transcurso de su vida tuvo muchísimos hijos y a todos les enseñó a bailar para provocarle cosquillas con sus patitas a la barriga del mundo. Cuando le llegó el fin de sus días y se retiró a descansar para siempre en una gran caracola, ya eran incontables los cangrejos de su sangre que rascaban y bailaban en el fondo arenoso del mar.

Pasados varios siglos... que para la antiquísima piedra eran minutos. Los descendientes de los hijos de los hijos de aquél que se salvó de ser comido por una anguila, formaron una nueva raza: los cangrejos "cosquilleros". Estos, debido a su continuo movimiento, habían desarrollado unas magníficas patas y palancas y, conocían exactamente cuánta urgencia, cuánta suavidad y cuánto abandono habían que poner en el baile para provocar "la risa del mundo".

Pronto aquella región del mar quedó completamente transformada. Hasta donde alcanzaba la vista y más allá, pululaban los cosquilleros, rasca que te rasca y baila que te baila. Pasaban navegando las criaturas marinas y todas se asombraban.

Pero lo más curioso fue que todos se fueron contagiando con aquel irresistible ritmo de los cosquilleros. En nada, el mundo submarino se prendió en el baile. La morena ondulaba, el mero se sofocaba, la mantarraya aplaudía, la anguila saltaba. Rojos de placer, los camarones se frotaban las antenas. Las almejas tocaban los timbales y, con voz de señora gorda, la ballena azul cantaba. Con desenfado movía su rabo la langosta y carey centenario la ligaba con disimulo. Los caracoles sonaban como maracas:

—Trocotróc, trocotróc, trocotróc.

Y el pez sierra raspaba el güiro en los corales:

—Chíííííííí —quichíííííííí —quichíííííííí —quichí

En fin, que allí se armó tremendo fiestón y al rato toda la cuenca del Mar Caribe palpitaba y se sacudía al ritmo del hit cangrejo:

—Mueva p' aquí

mueva p' allá

de aquí p' acá

mueva, mueva

y nunca parar.

Y todas aquellas criaturas de mar, que por miles de años habían repetido que era imposible que la punta de roca se convirtiera en montaña, presintieron mientras bailaban que algo extraordinario estaba por suceder. Y por cierto... sucedió: el



mundo ya no pudo resistir y reventó en un terremoto de carcajadas que cambiaron por completo la faz de la tierra y del mar. La cara del mundo se partió de risa y de un lado quedó África y del otro lado América, separados por una inmensa grieta sonriente que se fue llenando de agua hasta formar el Atlántico.

Y así fue que todo quedó patas para arriba. Tanto meneó el mundo que, de su panza, brotaron chorros de lava que crearon otras tantas islas en el Mar de las Antillas. La piedra sintió que crecía y era empujada hacia arriba por una fuerza que venía desde el centro de la Tierra. Convertida en montaña, surgió de la profundidad, envuelta en una gran nube de vapor que oscureció la luz del sol en pleno día.

Así nació la isla que hoy conocemos como Puerto Rico, con su cumbre de piedra submarina. Desde aquella altura, la punta de roca vio el horizonte sin fin, los continentes lejanos, la bola de fuego del sol, los pájaros del cielo y las nubes que navegan en el aire.

¿Y los cangrejos cosquilleros? Pues, para que todos lo sepan, los cangrejitos subieron a la superficie, agarrados fuertemente de la punta de la roca. Con el tiempo, aprendieron a respirar en el aire y a vivir en cuevas. Y hoy le hacen cosquillas.